

dibujada, tiene por adorno una cabellera negra, espesa, naturalmente ondulada y rizosa, como la de Paganini, que cae sobre un cuello de Aquiles ó de Antinoo!

TEODORO DE BANVILLE

Paisaje

FIGURAS un paisaje extranatural, ó más bien, una perspectiva de metal, de mármol y de agua, de donde los vegetales están proscritos como cosas irregulares. Todo aparece rígido, pulimentado y refulgente bajo un cielo sin sol, sin luna y sin estrellas. En medio de un silencio de eternidad, suben iluminados de un fuego peculiarísimo, palacios, columnatas, torres, escaleras y arcos de agua, de donde caen como cortinas cristalinas pesadas cascadas. Dentro de un marco de muelles y de cuencas de mullido oro, yacen aguas azules, al modo del acero de los espejos antiguos, ó corren silenciosamente bajo puentes de piedras preciosas. Canal cristalizado aprisiona el líquido, y las losas de pórfido de las terrazas reflejan los objetos como lunas. Si por allí anduviera la reina de Saba, se levantaría la ropa por temor de mojarse los pies: tan relucientes son las superficies.

CARLOS BAUDELAIRE

Prefudio

Dejaron los crepúsculos de la Melancolía en los hondos estanques dorados arabescos; aun cuelgan temblando los faroles chinoscos y perdura el perfume de la lejana orgía.....

Epigane y faunos sus visajes grotescos crisan en la penumbra burlando tu porfía; los fastos han pasado, y en la copa v imposibles delirios buscan tus labios frescos!

Amada: ese Pasado fulgurante no llores! Surgirá en mi poema de armonías inciertas y vagas como el alma de las difuntas flores.

En mi canto de brumas y de ráfagas vertas; de silencio y de sombra; de lejanos amores; de besos extinguidos y serenatas muertas.

JOSE JUAN TABLADA

Flores nocturnas

LA Reina de los abismos negros ¡oh Aclis! despeina su cabellera de sombras, y entre los hilos crespos de sus guedejas intocables se deslizan los heraldos nocturnos preludiando las canciones del Silencio.

Pálidos hambrientos de carnes no soñadas, van en sus pegajos de negruras imposibles á deshojar el madrigal de los besos en los labios impecables de las visiones de la noche ¡oh vírgenes albicantes! que asoman sus cabecitas angélicas por las ventanas del regio palacio del Amor, velado por los centinelas del Silencio.

Una luz vaga de luciérnagas flota sobre los negros crespones del horizonte. A veces la caricia leda de las brisas murmura algo como registros musicales nunca oídos, en la solemnidad de la calma de lo infinito, cual si fueran las últimas vibraciones de un sollozo perdiéndose en la quietud de las tumbas.

Y en las altas horas de la noche, sobre las negras sábanas de lobreguez, danzan los querubines del ensueño, celebrando la victoria de sus audacias: luego traspasan las rendijas de las puertas, y asaltan—intrusos irreverentes—el lecho de amores en que se posan los cuerpos inmóviles de las Venus en flor: importunos visitantes, rozan con sus alitas sonoras las almas inocentes; v ¡av! entonces las radiaciones del recuerdo y las sonoridades del ideal rojo cruzan los tejidos cerebrales en vaporosas ráfagas de incendio.

Yo he sentido esa impresión de los hondos silencios en la noche de mi alma. También esa noche envuelve sus misterios únicos; pero no tiene vaga luz de luciérnagas, ni danzan en sus sábanas de luto los querubines del ensueño, ni murmura la brisa sus registros musicales: sólo recibe los heraldos de la tristeza inmortal, que entonan la canción del Silencio cuando Aclis despeina su cabellera de sombras.

JULIAN LOPEZ PINEDA